DESEO

Raquel Vargas Antón

Image not found.

Capítulo 1

A la carrera. Así ha amanecido su día, a la carrera. Dafne escapa veloz y se adentra en la espesura del bosque. Con la prisa, algunas matas hacen cortes en las esbeltas piernas, que brillan sudorosas por culpa del exceso del ejercicio. La muselina rosa se ha desgarrado y algunos pedacitos se dispersan, como flores enganchadas entre la exuberante naturaleza. Está tan ocupada en huir, que no oye el revuelo de pájaros que brotan espantados ante el ruido a su paso.

El miedo se le ha instalada en la garganta, torturándola con una tremenda sequedad en la boca. El miedo es su aliado, es tan grande que ocupa todos sus pensamientos mientras corre sin destino. Siempre supo que más temprano que tarde él la reclamaría, porque cuando se vieron por primera vez notó cortante y directa la mirada que le dirigió. Se sintió vulnerada y sentada discretamente entre las demás ninfas, adivinó el deseo desbocado en los ojos del dios. Una concupiscencia sucia y obscena invadió sus sentidos haciendo que se estremeciera hasta lo más recóndito de su ser. No imaginaba que su cuerpo, casi infantil todavía, pudiera despertar en un varón sentimientos tan abyectos. Ella desconocía el poder de su belleza, de un cuerpo que no ha alcanzado la plenitud, del olor a sensualidad inconsciente que emana. Lo odia, no lo puede soportar, también lo teme: sabe qué es lo que el dios desea y no parará hasta conseguirlo.

Tropezó y cae rodando por un desnivel, gime desesperada porque reconoce que está tocando fondo, que las fuerzas se le escapan entre sus jadeos entrecortados. Pero el miedo está con ella, la coge enérgico por los antebrazos y la incorpora. Oye el eco del temor que le recrimina que haya perdido unos instantes, que le de ventaja al enemigo. No hay otra ninfa que conozca tan bien los vericuetos del bosque.

En un último intento desesperado huye en dirección al río Peneo. Allí la cobijarán algunas de sus hermanas náyades en donde él no pueda encontrarla, con la ingenua esperanza de que con el paso del tiempo la olvidará. No habrá ni doscientos metros entre el claro del bosque y la orilla. Sonríe satisfecha, piensa que ha ganado la partida, por fin libre.

Desprevenida, siente por la espalda cómo Apolo la agarra fuertemente por la cintura y aprieta su cuerpo contra el suyo. La vuelve bruscamente, los dos con los ojos desorbitados, el sudor de ambos entremezclado con un olor dulzón que les invade la piel. No hay palabras; solo la respiración fatigosa de ambos, mientras los dos cuerpos tiemblan entre convulsiones.

La besa con lascivia, largo y tendido, se recrea en el enredo de labios y lenguas de fuego que no sabe si podrá contener. La empuja bruscamente a la vez que se apoya en el tronco del viejo laurel medio seco bajo el que

se encuentran. Entre una suerte de hipidos y gritos el gran dios llora desconsolado. La ama demasiado, tanto que sabe que no será capaz de controlar sus bajos instintos. Avergonzado, le pide ayuda al padre de los dioses. En ese instante nota cómo su cuerpo se adhiere a la naturaleza del viejo árbol, y en un proceso de simbiosis perfecta, Apolo renace en forma de gran laurel junto al antiguo. Ahora que Dafne conoce el poder del deseo, se siente morir por haber perdido a su amado. Junto al río, sentado en una roca, Cupido se ríe vengativo sabedor del inmenso poder que domina.